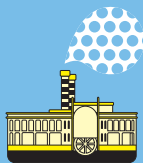


Pablo Diablo

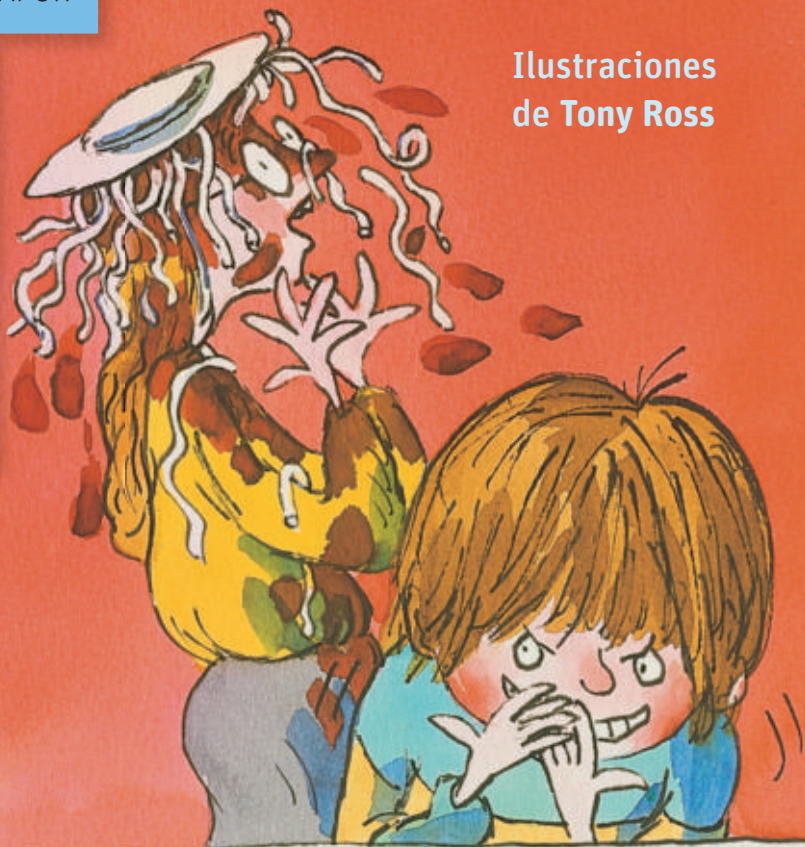
Francesca Simon



EL BARCO
DE VAPOR

SERIE PABLO DIABLO

Ilustraciones
de Tony Ross



sm

www.

literaturasm
.com



*Para Joshua y sus amigos:
Dominic, Eleanor, Freddie,
Harry, Joe, Roby y Toby,
con todo mi cariño.*

Primera edición: marzo de 2001

Edición ejecutiva: Gabriel Brandariz

Coordinación gráfica: Lara Peces

Título original: *Horrid Henry*

Traducción del inglés: Miguel Azaola

Publicado por primera vez en Gran Bretaña en 1994
por Orion Children's Books.

© del texto: Francesca Simon, 1994

© de las ilustraciones: Tony Ross, 1994

© Ediciones SM, 2015

Impresores, 2

Parque Empresarial Prado del Espino

28660 Boadilla del Monte (Madrid)

www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323 / 912 080 403

e-mail: clientes@grupo-sm.com

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ÍNDICE



1

El día glorioso de Pablo Diablo, 7

2

Pablo Diablo y la clase de danza, 27

3

Pablo Diablo y Marga Caralarga, 49

4

Las vacaciones de Pablo Diablo, 69



I

.....

EL DÍA GLORIOSO DE PABLO DIABLO

PABLO ERA UN AUTÉNTICO DIABLO.

Todo el mundo lo decía, hasta su propia madre. Pablo tiraba la comida. Pablo quitaba cosas a la gente de un tirón. Pablo repartía empujones, codazos y pellizcos. Hasta su oso de peluche se escondía de él cuando podía.

Sus padres se desesperaban.

–¿Qué vamos a hacer con este niño tan horrible? –suspiraba su madre.

–¿Cómo es posible que dos personas tan encantadoras como nosotros tengamos un hijo tan espantoso? –suspiraba su padre.

Cuando los padres de Pablo Diablo llevaban a Pablo al colegio, solían caminar detrás de él para aparentar que no era hijo suyo.

Los niños señalaban a Pablo con el dedo y susurraban al oído de sus padres:

–Ese es Pablo Diablo.

–Ese es el niño que me tiró la chaqueta al barro.

–Ese es el niño que aplastó el escarabajo de Guillermo.

–Ese es el niño que... –podéis añadir la barbaridad más gorda que se os ocurra.



Seguro que Pablo Diablo
la había hecho.

Pablo Diablo tenía
un hermano pequeño.
Se llamaba Roberto,
el niño perfecto.
Roberto, el niño perfecto,
decía siempre «Gracias»
y «Por favor», le encantaba
la verdura, usaba



pañuelo y nunca jamás
se hurgaba la nariz.

—¿Por qué no
serás un niño modelo
como Roberto?

—decía todos los días
la madre de Pablo.



Y Pablo se hacía siempre el sordo y continuaba derritiendo las ceras de colores de Roberto en el radiador.

Hasta que Pablo Diablo se puso a pensar.

«Y si fuera un niño perfecto, ¿qué?», se dijo.
«Me pregunto qué pasaría si lo fuera».

Cuando Pablo se levantó al día siguiente, no despertó a Roberto echándole agua fría por la cabeza.

Y Roberto no chilló.

Así que los padres de Pablo se quedaron dormidos, y Pablo y Roberto llegaron tarde a la reunión de los Lobatos.

Pablo se puso contentísimo.

Roberto se puso tristísimo por llegar tarde a lo de los Lobatos.

Pero, como era un niño modelo, Roberto no gimoteó ni se quejó.

Camino de la reunión de los Lobatos, Pablo no se peleó con Roberto para sentarse delante



en el coche. No dio codazos a Roberto ni le pellizcó.

De vuelta en casa, cuando Roberto, el niño perfecto, construyó un castillo, Pablo no lo derribó, sino que se sentó en el sofá y se puso a leer un libro.

Sus padres entraron precipitadamente en la habitación.



–Esto está demasiado tranquilo –dijo su madre–. No estarás fastidiando a tu hermano, ¿verdad, Pablo?

–No –dijo Pablo.

–Roberto, ¿no habrá intentado Pablo derribar tu castillo?

Roberto estaba deseando decir «Sí», pero eso hubiera sido una mentira.

–No –dijo Roberto.

Se preguntó por qué se estaría portando Pablo de un modo tan raro.



–¿Qué estás haciendo, Pablo? –preguntó su padre.

–Leyendo un cuento genial sobre un super-ratón –dijo Pablo.

Su padre no había visto jamás a Pablo leer un libro. Lo inspeccionó por si tenía un tebeo escondido dentro.

No había tal tebeo. Pablo estaba realmente leyendo un libro.

–Hummmm –dijo su padre.



Era casi la hora de cenar. Pablo tenía hambre y fue a la cocina, donde su padre estaba guisando.

Pero en lugar de gritar: «¡Me muero de hambre! ¿Dónde está mi comida?», Pablo dijo:

–Papá, pareces cansado. ¿Puedo ayudarte a preparar la cena?

–Pablo, deja de incordiar –dijo su padre mientras echaba los guisantes en el agua hirviendo. Se detuvo–. ¿Qué es lo que has dicho? –preguntó.

–¿Puedo ayudar? –interrumpió Roberto, el niño perfecto.

–Te he preguntado si necesitabas ayuda –insistió Pablo.

–Pero yo he preguntado primero –dijo Roberto.

–Pablo lo pondrá todo perdido –dijo su padre–. Roberto, ¿quieres pelar tú las zanahorias mientras yo me siento un momento?

–Claro –dijo Roberto, el niño perfecto.

Roberto se lavó sus inmaculadas manos.
Se puso su inmaculado delantal.
Se remangó sus inmaculadas mangas.
Y esperó a que Pablo le arrancara el pela-
verduras de un tirón.
Pero en lugar de eso, Pablo puso la mesa.



Su madre entró en la cocina.

–¡Qué bien huele! –dijo–. Gracias, Roberto, querido, por poner la mesa. ¡Qué niño tan bueno eres!

Roberto no dijo nada.

–Yo he puesto la mesa, mamá –dijo Pablo. Su madre se le quedó mirando, asombrada.

–¿Tú? –dijo.

–Sí, yo –dijo Pablo.

–¿Por qué? –dijo su madre.

Pablo sonrió.

–Quería ayudar.

–Alguna cosa espantosa has hecho, ¿verdad, Pablo? –dijo su padre.

–No –dijo Pablo con la expresión más amable de que fue capaz.

–Mañana pondré yo la mesa –dijo Roberto, el niño perfecto.

–Gracias, angelito mío –dijo su madre.

–La cena está lista –anunció su padre.

La familia se sentó a la mesa.

La cena eran espaguetis con carne picada, guisantes y zanahorias.

Pablo usó su cuchara, su tenedor y su cuchillo para cenar.

No le tiró guisantes a Roberto ni dio sorbetes.

No masticó con la boca abierta ni puso los codos en la mesa.

–Pablo, siéntate como Dios manda –dijo su padre.

–Estoy sentado como Dios manda –dijo Pablo.

Su padre le miró por encima del plato con cara de asombro.

–Pues es verdad –dijo.

Roberto, el niño perfecto, no podía comer. ¿Por qué no estaría Pablo tirándole guisantes?

La mano de Roberto se extendió lentamente hacia un guisante. Cuando nadie miraba, le disparó el guisante a Pablo.